

La diagonal del síntoma*

PIERRE BRUNO**

Asociación de Psicoanálisis Jacques Lacan, París, Francia



La diagonal del síntoma

El artículo propone pensar el síntoma como un marcador de la no-relación sexual. Si el fantasma impone al sujeto el sometimiento a la voluntad de goce del Otro, es a través del síntoma como puede mantener un *yo no quiero estar a su disposición*, lo que no es ajeno al goce de estar castrado. Así las cosas, se entiende por qué el desmontaje del fantasma es condición para el fin del análisis, entendido como desvalorización de este goce del síntoma.

Palabras clave: castración, fantasma, goce, sentido, síntoma.

La diagonale du symptôme

Il s'agit de réfléchir au symptôme comme le marqueur du non-rapport sexuel. Si le fantasme impose au sujet d'être soumis à la volonté de jouissance de l'Autre, ce ne sera que par le symptôme que son *Je ne veux pas être à sa disposition* pourra être soutenu, ce qui n'est pas étranger à la jouissance d'être castré. On comprend donc pourquoi le démontage du fantasme est une condition de la fin d'une analyse, c'est à dire d'une dévalorisation de cette jouissance du symptôme.

Mots-clés : castration, fantasma, jouissance, sens, symptôme.

The diagonal of the symptom

This article aims to understand symptoms as an indicator of the lack of rapport between the sexes. If the phantom imposes a submission to the Other's *jouissance* will on a subject, it is through his symptom that the subject can preserve an *I don't want to be at your disposal*, which isn't foreign to the *jouissance* of being castrated. Consequently, it is possible to understand why the dismantling of the phantom is its required condition, related to the depreciation of a symptom's *jouissance*.

Keywords: castration, *jouissance*, meaning, phantom, symptom.

* Traducción del francés a cargo de Sylvia De Castro Korgi, profesora de la Escuela de Estudios en Psicoanálisis y Cultura de la Universidad Nacional de Colombia.

** e-mail: pierre.bruno@wanadoo.fr



1.

Mi objetivo es describir el síntoma de tal manera que quienes jamás se lo hayan encontrado puedan, si se presenta, reconocerlo infaliblemente. Entonces ¿cómo se presenta el síntoma?

En lugar de partir de una definición, voy a tomar algunos ejemplos de síntoma en Freud: la tos histérica de Dora, el síntoma obsesivo del Hombre de las ratas. En lo que concierne a esos síntomas, es decir, a esos elementos de comportamiento que son signo de que algo cojea, Freud elaboró una tesis que defendió, *ne variatur*, a lo largo de su vida:

- todo síntoma tiene un sentido, de lo contrario no es un síntoma. Esto quiere decir que el síntoma tiene una significación, no una que pudiera encontrarse en un diccionario médico, sino una significación *para* su portador. En un diccionario encontraríamos una significación pero no un sentido.
- Ese sentido es *no sabido* por el sujeto. No sabido: inconsciente. “Lo no sabido que sabe de la una-equivocación”¹: el lapsus (ejemplo de “equivocación”) sabe lo que no es sabido por el sujeto.

Tomemos un ejemplo básico. En la 17.^a de las “Conferencias de introducción al psicoanálisis”, se trata de una joven de 17 años que no puede conciliar el sueño sin realizar un ceremonial bastante complicado. Cito a Freud: “El sentido central de su ceremonial lo coligió un día en que repentinamente comprendió su precepto de que la almohada no debía estar en contacto con la cabecera de la cama. La almohada había sido siempre para ella, dijo, una mujer, y el enhiesto respaldo, un hombre. Quería entonces —de manera mágica [...]— mantener separados hombre y mujer, vale decir, separar a sus padres [...]”². Otros detalles del ceremonial son enseguida explicados por la joven según el mismo proceso.

Ahí tenemos un esquema inteligible. Sin embargo, al menos dos cuestiones, por lo demás disparatadas, quedan pendientes:

¿Desaparece el síntoma después de esa explicación? ¿El goce que implica dicho síntoma ha quedado (o más exactamente: ha sido) desvalorizado? Aquí el goce es esa x

1. *L'insu que sait de l'une bévue*, primera parte del título de uno de los seminarios de Jacques Lacan, *L'insu que sait de l'une-bévue s'aile à mourre. Séminaire* (1976-1977) (Paris: Association Freudienne Internationale, 1998). [Publicación no comercial]. [Nota de la traductora]

2. Sigmund Freud, “Conferencias de introducción al psicoanálisis. 17.^a Conferencia. El sentido de los síntomas” (1917 [1916-1917]), en *Obras completas*, vol. xvi (Buenos Aires: Amorrortu, 1980), 244.

que hace que el sujeto se aferre a su síntoma, que no quiera, a ninguna costa, deshacerse de este. En el caso de esta joven, Freud no dice nada de esta desaparición, pero se puede pensar que relacionó ese síntoma con su interpretación solamente porque el síntoma efectivamente cesó, después de la interpretación.

Para estudiar ese problema de la cesación del síntoma hagamos referencia a otro síntoma, obsesivo también, el del Hombre de las ratas, del que Freud da cuenta y explica cómo se disipa. Ese síntoma consiste en un pensamiento obsesivo, el de un suplicio chino (la introducción de una rata por el ano) aplicado fantaseadamente al padre y a la amada del Hombre de las ratas. Al respecto se puede señalar lo siguiente: el síntoma desaparece cuando el Hombre de las ratas recuerda una idea que se le había cruzado, cuya represión había constituido el punto de partida de la formación del síntoma: “Tan cierto como que mi padre y la dama pueden tener hijos, devolveré el dinero a él”³. Hay que recordar que el superior militar le había dicho que tenía que devolver el dinero en cuestión al teniente primero A... aunque el Hombre de las ratas sabía que se lo debía a la empleada de la estafeta postal, quien lo había reembolsado al teniente. En lo que se refiere a la condición indicada por el Hombre de las ratas para devolver el dinero, resulta absurda, pues ni el padre en cuanto hombre, ni la amada a la que él duda en hacer su esposa, y que ha sufrido una ovariectomía, pueden tener hijos. Existe un diario del análisis del Hombre de las ratas escrito por Freud —las notas que tomaba de cada sesión—, y por él se tiene noticia de que el levantamiento de la represión que concierne a esta idea habría tomado varios meses, un largo camino, por así decirlo, para atenernos a la referencia a la tortura china. Esta idea era la siguiente: el padre puede equivocarse y la dama quizás no sea la que conviene.

El sentido del síntoma es su puesta en escena, lo que ocurre sin que el sujeto lo sepa —lo cual es legible con claridad en la forma inicial de la obsesión: si devuelvo el dinero, mi padre y la dama de mis pensamientos sufrirán el suplicio de las ratas—. Lo que hay que retener es que lo *no sabido* es allanado por el sujeto en el momento mismo en que él acepta lo que había reprimido primero, a saber, que lo *no sabido* estaba del lado del padre, o de su representante, el capitán que le había dicho que devolviera a A un dinero que él, el Hombre de las ratas, no le debía.

Sobre este ejemplo freudiano se puede trazar exactamente la topología de Lacan: *lo no sabido del sujeto es lo sabido que se le supone al Otro*. Al respecto se ve cómo, en su principio, el psicoanálisis es una operación que permite al sujeto encontrar una salida a la sugestión gracias a la resolución de la transferencia. Al contrario, las psicoterapias, ya sean psicoanalíticas, cognitivo-conductuales u otras, hacen de la sugestión una prótesis de por vida para el sujeto. Es la razón por la cual en ellas se goza.

3. Sigmund Freud, “A propósito de un caso de neurosis obsesiva” (1909), en *Obras completas*, vol. x (Buenos Aires: Amorrortu, 1980), 170.

2.

Tomemos ahora el mismo problema, el de la cesación del síntoma, por otro lado, a partir de la observación de Freud de la cura de Juanito, un niño con quien su padre, discípulo de Freud, emprende la cura de su fobia (el miedo a ser mordido por un caballo, pero, en su forma inicial, una agorafobia). El padre de Juanito invita a su hijo a hablar de su síntoma y se esfuerza, interpretando las declaraciones con una rejilla edípica, en explicarle al niño el sentido de su síntoma. Sin éxito. Entonces decide llevar su hijo adonde Freud. Básicamente, Freud se contenta con decirle a Juanito: “Que hacía mucho tiempo, antes que él viniera al mundo, yo sabía ya que llegaría un pequeño Hans que querría mucho a su madre, y por eso se vería obligado a tener miedo del padre; y yo le había contado esto a su padre”⁴. Después de esta corta sesión, una de las primeras de la historia del psicoanálisis, Juanito y su padre regresan y en el camino el niño le pregunta al padre: “¿Acaso habla el profesor con el buen Dios, pues puede saberlo todo desde antes?”⁵. Después de lo cual, tres días más tarde, el padre anota en su libreta que “se comprueba la primera mejoría sustancial”. Juanito puede permanecer ante la puerta de entrada de la casa familiar sin huir cuando pasan caballos.

El síntoma, en este caso, no ha desaparecido totalmente, pero ha retrocedido notoriamente. Parecería que este fuera un proceso inverso al que resalté en el caso del Hombre de las ratas, puesto que Freud se presentó ante Juanito como quien detenta un saber que el mismo Juanito y su padre ignoraban... antes de que Freud se lo revelara.

Sin embargo, si examinamos el problema más detenidamente, el saber que Freud se atribuye es un saber *imposible*. Como lo señala inmediatamente después Juanito: salvo que hable con Dios, Freud no puede saber lo que dice saber. ¿Acaso entonces ese saber no es verdadero? En absoluto. Si nos basamos en el retroceso del síntoma debemos más bien deducir que, por primera vez, Juanito es sensible a la verdad de ese saber que, sin embargo, su padre le había machacado durante mucho tiempo. Lo que descubrimos, entonces, es que ese saber no hace efecto, sino porque es imposible. Ciertamente, ese saber no viene de Juanito ni del padre, pero tampoco puede venir de Freud. Es un saber impersonal, que no es del sujeto ni es del Otro, y es verdadero aunque nadie sea su autor. ¿Quién sabe, entonces, si no el síntoma mismo? Freud solamente se hace partero de un saber incluido en el síntoma. Es con el síntoma de Juanito, y no con Dios, que Freud habló para obtener de aquel una respuesta que aporta el sentido que tiene. Eso es un psicoanálisis: un *diálogo con el síntoma para lograr que éste diga cuál es su sentido*.

Lo que acabo de decir vale para la neurosis —y para la perversión, si bien plantea otros problemas—. Pero, ¿cómo considerar las cosas en las psicosis? Tomemos

4. Sigmund Freud, “Análisis de la fobia de un niño de cinco años” (1909), en *Obras completas*, vol. x (Buenos Aires: Amorrortu, 1980), 37.

5. *Ibíd.*

el “anideísmo” de Clérambault, el hecho de que los fenómenos —por ejemplo, una alucinación auditiva— surgen sin que le sea posible al sujeto, por medio de una asociación de ideas —un “ideísmo”— descubrir el sentido de ese síntoma. Si el sujeto psicótico está confrontado a tales fenómenos, eventualmente puede, para lograr, a pesar de todo, dar un sentido a lo que le ocurre de manera tan enigmática, construir un delirio, fundado en la “atribución subjetiva” de la voz a tal o cual Otro, salvador o perseguidor. Pero, en realidad ¿la estructura del síntoma es diferente? En la neurosis el sujeto supone que un sujeto sabe el sentido de su síntoma, pero cuando la interpretación adviene, su eficacia se sostiene en el hecho de que ella proviene de un afuera tanto del sujeto como del Otro, de ese lugar de un saber imposible, como lo hemos visto con Freud y Juanito. Lo que distingue esta configuración de la que prevalece en la psicosis es que, en esta última, ese lugar imposible estaría cerrado a todo acceso asociativo.

Voy a intercalar aquí una observación decisiva, si bien se presenta de una forma que puede llevar a considerarla anodina. Aceptar que el saber no es ni del Otro ni del sujeto implica una pérdida radical, es decir, una pérdida no compensada, una pérdida que no es una falta, puesto que lo que define una falta es la posibilidad de ser colmada. Entonces, en la juntura de lo real y del sentido hay cierta pérdida, de la cual el síntoma es, literalmente, marcador.

3.

He hablado de la cesación del síntoma. Pero si este es, como lo he dicho, un marcador de una pérdida, de una no-relación entre real y sentido, entre lenguaje y cosa, ¿qué ocurre con ese marcador si precisamente el síntoma desaparece? Para responder a esta última pregunta voy a decir en primer lugar cómo el síntoma es un indicador de la no-relación.

La secuencia que voy a presentar para someter esta proposición a prueba fue extraída del informe, cuya autora es Anneliese Schnurmann, de un caso de fobia en una pequeña de 2 años y medio, Sandy (caso que fue comentado por Lacan en el seminario 4, pero el objeto de mi propósito no es ese comentario). Cito:

[...] cuando Sandy tenía alrededor de 5 o 6 meses, su madre tenía la costumbre, mientras la cambiaba, de hacerle cosquillas con su cabello. Sandy, cuya piel era particularmente sensible y se mostraba cosquillosa desde los 3 meses, ahora se excitaba mucho y halaba los cabellos de su madre [...]. Algunos meses más tarde, comenzó a halar los cabellos de los niños y fue reprendida por eso. Es posible que haya sido en ese momento que



ella cambió la expresión sonriente con la que acompañaba el acto de halar los cabellos por una expresión hostil.⁶

¿Qué nos aporta ese minúsculo hecho si no una respuesta al por qué del síntoma? Sandy quiere que el Otro, su madre en primer lugar, esté a su entera disposición, pero no quiere estar a disposición del Otro. ‘Yo te halo el cabello a mi antojo, pero tú no puedes hacerlo sino cuando yo esté dispuesta a ello’. Por supuesto, el medio para impedir que se imponga la voluntad de goce del Otro es la castración materna. Es a ese nivel, por lo demás, que se encuentra una primera contradicción. El agente de la castración es el padre. Pero para sostener ese lugar él debe hacer excepción a la castración —eso es el padre real, incastrable— pero al mismo tiempo aceptar esa misma castración, es decir, asumirse como nombre —este es el padre simbólico—. La histérica, mujer a menudo pero no exclusivamente, se debate ante ese dilema: ella quiere un padre castrado para poder “hacerse útil”, es decir, sostener el deseo supuestamente insuficiente del padre (por otro lado, ella imagina que, si abandona esa vocación, ya no será nada) pero, al mismo tiempo, no puede prescindir del padre real (quien se exceptúa de la castración) para operar la castración materna, necesaria como protección contra la voluntad de goce de la madre. He aquí el plano definitivo. La tos de Dora pone de presente esta contradicción: de un lado, el síntoma hace referencia a la identificación con un padre que tose, es decir, enfermo; de otro lado, significa el cosquilleo de su garganta por el sexo del padre, que entonces no es tan impotente como se dice. Ahora bien, esta solución apunta a mantener la disparidad de partida: yo quiero gozar del Otro pero no quiero ser gozado por él contra mi voluntad. Para volver al ejemplo inicial, digamos que en el momento en que el niño ingresa en el complejo de castración, hacia los 3 años, manifiesta, en lo que los psicólogos llaman transitivismo, propiamente hablando, su división: golpea a otro niño y llora, como si él hubiera sido el golpeado. En efecto, mientras la castración de la madre no se haya realizado, el niño debe afirmar su voluntad de goce y manifestar en el otro (con o [a] minúscula), a través del llanto, su rechazo a ser gozado: llora en [el] lugar del otro que es golpeado (por él).

6. Anneliese Schnurmann, “Observación de una fobia” en *Bibliográfica. Referencias de Lacan*, n.º 6, *Seminario IV. La relación de objeto* (Buenos Aires: Colección del Campo Freudiano, 1994).

4.

Llamo *diagonal del síntoma* a esta doble relación. Un esquema⁷, puede hacerla visible mediante la recta a-b.

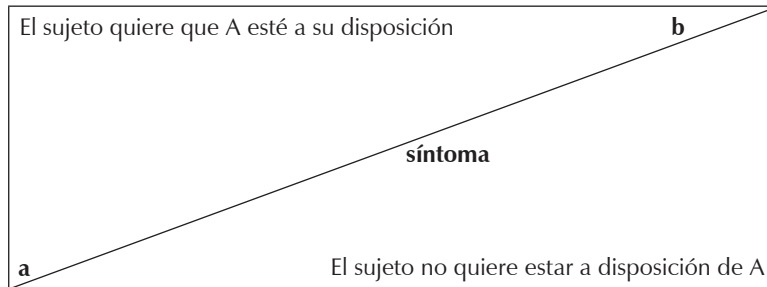


FIGURA 1. La diagonal del síntoma

Esta es la doble relación que ya localizamos en la posición de Sandy.

A la derecha podemos identificar el síntoma como sustracción a la voluntad de goce del Otro. A la izquierda he puesto la voluntad de goce del sujeto, pero de un sujeto que no puede ocupar esta posición sino como Otro, es decir, por una identificación con este Otro (para Sandy: el Otro materno). La situación es entonces la siguiente: de una parte, para sustraerse a la voluntad de goce del Otro, el sujeto debe estar seguro de la castración de este otro; de otra parte, cuando se identifica con la voluntad de goce del Otro, este no está sometido a la castración. Para rodear esta aporía, sin resolverla, debe observarse que la formulación del fantasma sadeano propuesta por Lacan pone el mandato de sumisión, no directamente en boca del sujeto, sino en “quienquiera”: “Tengo derecho a gozar de tu cuerpo, puede decirme quienquiera, y ese derecho lo ejerceré, sin que ningún límite me detenga en el capricho de las exacciones que me venga en gana saciar en él”⁸. Es así como el fantasma impone al sujeto el sometimiento a la voluntad de goce del Otro, a consecuencia de lo cual su *yo no quiero estar a su disposición* no puede mantenerse, a pesar del fantasma, sino por el síntoma. Gracias a este, la verdad del sujeto está presente en la estructura, pero, en adelante, es correlativa de lo que el fantasma impone al síntoma, a saber, el goce de estar castrado. Así las cosas, se entiende por qué el desmontaje del fantasma es una condición para el fin de un análisis, es decir, para una desvalorización de este goce del síntoma.

Dicho esto, puedo concluir, en primer lugar, que el síntoma es el marcador de la no-relación sexual⁹. Puedo concluir también que para que un sujeto salga del vaivén entre la identificación con el Otro que tiene al sujeto a su disposición, y el sujeto que

7. Este esquema, si bien con otra distribución de los términos, ya había sido utilizado por el autor en Pierre Bruno y Marie-Jean Sauret, *Un autre psychanalyse* (Paris: Association de Psychanalyse Jacques Lacan, 2007). [Nota de la traductora]
8. Jacques Lacan, “Kant con Sade”, en *Escritos 2* (México: Siglo XXI, 1976), 340.
9. Destaco aquí el contrasentido de Colette Soler cuando escribe, en *Link* n.º 8, que el síntoma “es lo que enmascara la inexistencia de la relación sexual”. Ella no ve que lo que puede acreditar ese efecto en la fenomenología clínica —y esto, por lo demás, a condición de adoptar una concepción del psicoanálisis como persecución del goce—, deja escapar lo que corresponde al síntoma a nivel de la estructura.

no puede confirmar su síntoma sino marcándolo con la castración y que goza de ese modo, es necesario un punto de exterioridad que haga excepción con respecto al universo de la castración. Ese punto, *Existe un x que dice no a la función fálica*, es a la vez lo que funda, como excepción (al menos uno), la castración misma, y lo que crea una apertura más allá de la castración. Este es el punto que Lacan identificó, en el seminario *El reverso del psicoanálisis*, como padre real, agente de la castración, y es el que, cada cual, en un análisis, ha de extraer del Otro no tachado que dispondría del sujeto. Es, también por esta razón que dos años antes Lacan distinguió explícitamente castración y división del sujeto. La asunción de la división es lo que permite a un sujeto someterse a la castración sin reducirse a ello.

5.

El goce no es algo que pueda medirse y, sin embargo, es el postulado de toda psicoterapia, que reposa en una contabilización del goce y que pretende el máximo provecho. Esta no es una condena sino una constatación. Se puede gozar mucho de estar comprimido entre dos colchones, pero es claro que eso concierne a una erótica que tiene sus cartas de nobleza bien antiguas, y no al psicoanálisis. El psicoanálisis, en efecto, apunta a la desvalorización del goce. Una vez que su goce se ha desvalorizado, el síntoma no circula. Ya no circula, en el sentido bursátil del término. La desvalorización del goce no es su abolición sino el atravesamiento del fantasma de nirvana, a fin de cuentas bien localizado por Freud, según el cual, un sujeto podría disolverse en el goce, ya sea por una renuncia a todo goce que no fuera absoluto, o por la búsqueda de una valorización continua del goce (lo que Sloterdijk llama “movilización infinita”)¹⁰. Ahora bien, disolverse en el goce no es otra cosa que la aniquilación: estar en el lugar de la cosa que la palabra mató. El goce absoluto sería el goce cero: la muerte. Sobre ese punto Freud sigue siendo insuperable.

BIBLIOGRAFÍA

- | | | |
|--|---|---|
| <p>BRUNO, PIERRE Y MARIE-JEAN SAURET. <i>Un autre psychanalyse</i>. París: Association de Psychanalyse Jacques Lacan, 2007.</p> <p>10. Véase Peter Sloterdijk, <i>La Mobilisation infinie. Vers une critique de la cinétique politique</i> (París: Seuil, 2008).</p> | <p>FREUD, SIGMUND. “Análisis de la fobia de un niño de cinco años”. En <i>Obras completas</i>, vol. X. Buenos Aires: Amorrortu, 1980.</p> | <p>FREUD, SIGMUND. “A propósito de un caso de neurosis obsesiva” (1909). En <i>Obras completas</i>, vol. X. Buenos Aires: Amorrortu, 1980.</p> <p>FREUD, SIGMUND. “Conferencias de introducción al psicoanálisis. 17.^a Conferencia. El sentido de los síntomas” (1917 [1916-1917]). En</p> |
|--|---|---|

- Obras completas*, vol. XVI. Buenos Aires: Amorrortu, 1980.
- LACAN, JACQUES. "Kant con Sade". En *Escritos 2*. México: Siglo XXI, 1976.
- LACAN, JACQUES. *Séminaire. L'insu que sait de l'une-bévue s'aile à mourre (1976-1977)*. París: Association Freudienne Internationale, 1998. [Publicación no comercial].
- SCHNURMANN, ANNELIESE. "Observación de una fobia". En *Bibliográfica. Referencias de Lacan n.º 6, Seminario 4. La relación de objeto*. Buenos Aires: Colección del Campo Freudiano, 1994.
- SLOTERDIJK, PETER. *La Mobilisation infinie. Vers une critique de la cinétique politique*. París: Seuil, 2008.



